

mundo universalmente tenido por un amo duro, cruel, inexorable, haya tantos que se atropellen por servirle como esclavos. Mas que los trate como tirano, mas que los obligue á continuos y dolorosos sacrificios, mas que solamente los pague en lágrimas y en pesadumbres, mas que no los prometa otro salario que amargos arrepentimientos; ninguno hay que no le sirva con risueña cara, que no se tenga por dichoso de su suerte, que no haga vanidad de su librea. Sea en buen hora el mundo injusto, sea cruel, nada se gane en servirle; ninguno lo ignora, todos convienen en ello, pero con todo eso cada día se aumenta el número de sus esclavos. Al contrario, colme Dios de gustos y de bienes á sus fieles siervos; sea ligerísimo su yugo, sea dulcísima su carga, premie hasta los meros deseos, aunque no lleguen á ejecuciones, pague largamente la voluntad de hacer bien, nada se le escape, nada deje sin premio; sin embargo siempre está Dios mal servido; se tiene por injuria el título de devoto; esto es, de siervo de Dios; se avergüenzan, se corren muchos de declararse por su servicio. ¿Puede haber mas espantosa contradicción entre nuestra fe y nuestra conducta? Haz que cese en tí desde hoy esta contradicción; sirve á Dios, declárate altamente por siervo suyo, y avergüenzate solo de servirle con flojedad y con tibieza. Nada niegues á tu Dios; bien conoces lo que tanto tiempo ha te está pidiendo, y lo que tú tanto tiempo ha le estás negando. Ese pequeño sacrificio, esa corta victoria, ese acto de generosidad cristiana, la moderacion en esa profanidad, en ese juego, en esas chanzas, apenas te hubieran costado nada, si el mundo te las hubiera pedido por condiciones para entrar en su servicio: muchos años ha que Dios te las pide, ¿y todavía deliberas? ¿todavía dudas? ¿todavía no tienes valor para concedérselas? ¿y hasta ahora todo se lo has negado? Ea, pon ya fin desde este mismo día á esas eternas dilaciones; y pues Dios es tan pronto como liberal en el premio, determina desde este mismo punto lo que has de hacer por Dios en adelante, y lo que has de comenzar á hacer desde este propio día; esas paces, esa restitucion, el sacrificio de esa pasioncilla, la fuga de esa ocasion, la reforma de tanta profanidad, ese acto de mortificacion. No te olvides de aquellas hermosas palabras del Sabio: *Desideria occidunt pigrum.* (Prov. 21.) Los deseos matan á los perezosos, porque todo se les va en proyectar sin hacer nada. Pásanseles los días en estériles deseos, mientras los justos cumplen lo que aquellos idean, y trabajan sin cesar: *Qui autem justus est, tribuet, et non cessabit.*

2 Una buena resolucion disminuye, pero no quita el trabajo. Sobresáltase el amor propio, asústanse los sentidos luego que el

corazon se resuelve á vencerse. No te dejes espantar de esas imaginarias dificultades; y en sintiéndote con alguna cobardia, alientate á tí mismo con aquellas palabras del apóstol S. Pablo á los Romanos: *Non sunt condignæ passionis hujus temporis ad futuram gloriam que revelabitur in nobis.* ¿Qué proporcion hay entre lo poco que se padece, y lo mucho que se espera? *Quod in præsentí est momentaneum et leve tribulationis nostræ, supra modum in sublimitate æternum gloriæ pondus operatur in nobis.* Estas ligeras y momentáneas tribulaciones, que apenas nos afligen, cuando desaparecen, nos producen un peso eterno de gloria, en grado tan excelente, que es superior á toda medida. Acuérdate en fin, que el mismo Dios quiere ser el premio de lo que hacemos por él: *Ego ero merces tua.* ¿Parécete que no quedarémos bien pagados á este precio? Haz continuamente estas reflexiones; no hay razon que pueda resistirlas, y nada te puede costar el familiarizarte con ellas.

DIA II.

MARTIROLOGIO.

SAN FRANCISCO DE PAULA, fundador del órden de los Minimós, el cual esclarecido en virtudes y milagros fué canonizado por el papa Leon X. (*Véase su vida en las de este dia.*)

EL TRÁNSITO DE SAN ANFIANO, mártir, en Cesarea de Palestina, el cual en la persecucion de Galerio Maximiano, como hubiese reprendido al gobernador Urbano porque sacrificaba á los idolos, fué cruelmente despedazado; despues, envolviéndole los pies en un lienzo bañado en aceite, le pegaron fuego, haciéndole padecer intensísimo dolor; y finalmente sumergiéndolo en el mar, habiendo pasado por el fuego y por el agua, alcanzó el lugar del refrigerio.

EL MARTIRIO DE SANTA TEODOSIA, virgen de Tiro, en la misma ciudad de Cesarea de Palestina, la cual en la misma persecucion, por haber saludado públicamente á los santos Confesores que estaban de pié delante del tribunal, y rogádoles que se acordasen de ella delante del Señor, la prendieron los soldados, la llevaron al presidente Urbano, y por órden de éste le descarnaron los costados y los pechos hasta las entrañas; y por último la echaron en el mar.

SAN NICESIO, obispo en Leon de Francia, en la misma ciudad, esclarecido en santidad y en milagros.

SAN ABUNDIO, obispo y confesor, en Como.

SAN URBANO, obispo, en Langres de Francia.

LA DICHOSA MUERTE DE SANTA MARIA EGIPCIACA, llamada la pecadora en Palestina. (*Véase su vida el dia siguiente 3 de abril.*)

SAN FRANCISCO DE PAULA, CONFESOR Y FUNDADOR.

SAN Francisco de Paula, ornamento y milagro de su siglo, nació en Paula, ciudad pequeña de Calabria, el año de 1416, de familia honrada, y de las mas virtuosas de aquella ciudad. Jacobo Martolilla, por otro nombre Salicon, y Viana de Fuscaldo, sus padres, se persuadieron que este hijo era fruto de un voto que habian hecho al Señor, por intercesion de S. Francisco de Asis, cuyo nombre le pusieron; y habiendo advertido que el niño tenia en un ojo una nube que le embarazaba la vista, hicieron nueva promesa al Señor de vestirle por un año el hábito del mismo san Francisco, y que durante este tiempo se criase en uno de sus conventos, y luego se le desvaneció la nube.

Quiso la piadosa madre eriar por sí misma á su hijo, y cuidar de su virtuosa educacion. Dejóla poco que hacer la divina gracia, porque el niño Francisco habia nacido tan naturalmente inclinado á la virtud, que todos sus entretenimientos eran hacer oracion, y estarse en las iglesias. Anticipóse la devocion á la razon; comenzando desde su mas tierna infancia aquella penitente vida, que continuó hasta la muerte.

No contribuyeron poco á fomentar su devocion los buenos ejemplos que observaba dentro de su casa. Sus virtuosos padres, contentos con un hijo y con una hija que los habia dado el cielo, vivieron en adelante como hermano y hermana, atendiendo únicamente al cuidado de su salvacion, y á la crianza de su corta familia. Era Francisco todo su consuelo; pero fué preciso privarse de él por cumplir la promesa que habian hecho. Luego que cumplió trece años, le entregaron á los religiosos de S. Francisco en el convento de S. Marcos, á una legua de la ciudad de Paula.

Desde luego observaron los frailes en el niño Francisco una gran prudencia en toda su conducta, un entendimiento juicioso y maduro, una docilidad, un rendimiento que no tenia semejante; y añadiéndose á todo esto una devocion, que asombraba á los mas fervorosos, no solo era el objeto de sus cariños, sino la admiracion de todo el convento. Hicieron cuanto pudieron para no perder aquel tesoro; pero eran diferentes los designios de la divina Providencia. Habiendo cumplido Francisco el voto de sus padres, les pidió licencia para ir en peregrinacion á Asis, á nuestra Señora de los ángeles, y á Roma. De vuelta visitó los monasterios mas célebres que encontró en el camino; y llegado á Paula, suplicó á sus padres le permitiesen retirarse á cierto sitio solitario, que estaba en una heredad suya distante quinientos



S. FRANCISCO DE PAULA.

pasos de la ciudad. Condescendieron con sus fervorosos deseos, aunque no tenia mas que catorce años, bien persuadidos á que era el espíritu de Dios el que le llamaba al desierto.

Pero su misma fama turbó presto su amada soledad. Concurrian tropas de ciudadanos de Paula á ver aquel nuevo Juan Bautista en el desierto: esto le obligó á retirarse á otro mas desviado, y como á enterrarse vivo en una gruta, que él mismo abrió en una roca sobre la orilla del mar. Allí resucitó en su persona el tierno anacoreta la abstinencia, los rigores y el fervor de los mas antiguos, y aun se adelantó á las penitencias de muchos.

Su cama era el duro suelo de la misma roca; su comida yerbas y raices que arrancaba de un vecino bosque; su bebida el agua que iba á buscar á un arroyuelo bien distante de su gruta; el vestido vil y grosero, con un áspero silicio á raiz de sus delicadas carnes; su ocupacion leer libros espirituales, contemplar y orar continuamente. Esto es cuanto se ha podido saber de aquella vida escondida, que duró hasta que la Providencia le envió algunos discípulos que fuesen imitadores y testigos de sus virtudes.

No pudo resistirse á los incesantes y aun importunos ruegos de algunos fervorosos mancebos, que movidos de su ejemplo, le suplicaron los admitiese por discípulos suyos, y los permitiese vivir en su compañía. Cedió el Santo á sus instancias, y en el año de 1435 permitió se fabricasen tres celdillas, y se erigiese una pequeña capilla, adonde un clérigo de una parroquia vecina venia regularmente á decirles misa, y administrarles los sacramentos, juntándose en ella todos á cantar alabanzas á Dios. Esta fué como la cuna de aquella ilustre religion, que con el tiempo fué hermosa porcion del rebaño de Jesucristo, y bello ornamento de su Iglesia; de aquella, que singularizándose entre las demás religiones por su especial cuarto voto de abstinencia, confunde la delicadeza de tantos tibios cristianos, que pretenden tener legítimos motivos para dispensarse en el ayuno y manjares propios de la cuaresma. De aquella en fin, que fecunda de hombres insignes, y dilatada por todas las cuatro partes del mundo aun en vida de su fundador, conserva hoy, despues de trescientos años, el fervor de su primitivo instituto, y realza su ejemplar humilde nombre con el relieve de sus virtudes.

No tenia á la sazón nuestro Santo mas que diez y nueve años; pero su eminente santidad, y las maravillas que el Señor obraba por él, aumentaron tanto el número de sus discípulos, que se vió precisado á pensar en edificar un monasterio que fuese capaz de alojarlos á todos. Quiso poner la primera piedra Pirro, arzobispo.

de Cosenza; pero como la humildad de nuestro Santo hubiese tomado muy estrechas las medidas, se apareció de repente un fraile Francisco no conocido, y aconsejándole hiciese un convento mas capaz, y de estension proporcionada, él mismo formó el plan, le dejó las dimensiones, y desapareció; lo que hizo creer piadosamente al papa Leon X, que el religioso que se habia aparecido habia sido el mismo S. Francisco de Asis.

No se puede ponderar el ardor y la fervorosa apresurada ansia con que los pueblos del contorno concurrían á porfia á adelantar la obra del monasterio. Venían á trabajar tropas enteras de oficiales por su propia devocion, sin ser gravosos á Francisco, ni al convento. Los jóvenes de primera distincion, y aun las mismas señoras y damas principales llevaban sobre sus delicadas espaldas las espuertas y el ripio para el cimientó, que servían á los albañiles, y despues los pagaban ellas y ellos los jornales, siendo muy pocos los que no quisiesen tener parte en este maravilloso edificio; pero lo que mas le adelantó fueron los milagros que obró el Señor por intercesion de nuestro Santo.

Uno de los testigos en el proceso de Cosenza para la canonizacion, depone, que habiéndose hecho llevar al Santo por un vehemente dolor que sintió en un muslo, cuya violencia no solamente le impedia el andar, sino que no le permitía tenerse en pié; Francisco despues de haberle asegurado que aquel dolor era castigo del cielo por el poco respeto que habia tenido á su madre, le mandó que él solo llevase á la obra un andamio de tan enorme peso, que muchos hombres apenas le podían mover. No pudo contener la risa el enfermo al oír semejante proposicion; pero el Santo le dijo: *Por caridad haced lo que os mando, que bien podeis.* Obedeció sin réplica, cargó sin dificultad con toda aquella máquina, llevola á la obra, y quedó del todo sano.

Vinieron á decir á Francisco que un horno de cal se habia abierto por diferentes partes con la violencia del fuego, y estaba próximo á arruinarse. Corre al horno, entra en él intrépidamente, anda entre las llamas cerrando las rendijas, remédialo todo, y se sale con grande serenidad sin la mas leve lesion.

Parece que poseia el don universal de milagros. Desprendido del monte un corpulento peñasco, venia á desgajarse sobre el edificio, y á sepultarle entre sus ruinas. Levanta Francisco las manos al cielo, y se suspende el peñasco en lo mas pendiente de la escarpada montaña. Falta agua á los que trabajaban en la obra; hace oracion, y brota una copiosa fuente, que jamás se ha secado. Concluido en fin el portentoso edificio á fuerza de milagros, estableció en él la disciplina regular, sin aflojar en el primitivo

rigor de penitencia que habia entablado en la primera ermita. Y aunque no quiso obligar á sus religiosos á una vida tan austera como la que él hacia, pues habia mucho tiempo que se mantenía con solas legumbres, prohibiéndose aun el uso del pescado, mandó que por cuarto voto se obligasen todos á una perpetua abstinencia de carne y de lacticinios.

No dudando el arzobispo de Cosenza que era obra de Dios el nuevo instituto, permitió á Francisco que fundase conventos en toda la estension de su diócesis. Los obispos circunvecinos le dieron el mismo permiso, y en poco tiempo vió el Santo establecidos sus hijos en Paula, Paterno, Specia y Corigliano.

Deseosos los sicilianos de entrar á la parte en la dicha de los calabreses, pidieron á Francisco enviase á su isla algunos religiosos. Fué el mismo Santo en persona con otros hijos suyos; y como el patrón de un navío no quisiese admitirlos, tendió su pobre manto sobre las ondas, y en aquel nuevo género de embarcacion pasó con sus compañeros todo el famoso estrecho de Sicilia, siendo cada paso un prodigio, y haciendo en aquella isla muchas fundaciones.

Parece que Francisco tenia la llave de todos los corazones para registrar hasta los pensamientos mas secretos; que estaba á un mismo tiempo en todos los lugares del mundo para ser testigo ocular de los sucesos mas distantes; y que todo el tiempo futuro era para él presente ó pasado, para pronosticar lo que estaba por venir con las circunstancias mas menudas, como si lo hubiera visto, ó lo estuviera viendo con sus mismos ojos.

Profetizó la toma de Constantinopla, y mandó en nombre de Dios al rey de Nápoles que atacase á los Turcos y los echase de Calabria, no obstante la gran desigualdad de sus fuerzas; pero verificó la profecía una completa victoria. Pronosticó al rey de España que espeleria á los Moros de sus estados, y que á sus mismos ojos recobraría el reino de Granada. Movida la hermana del Santo de un amor desordenado, estorbó á un hijo suyo que entrase en la religion de su tío; muere el muchacho dentro de pocos dias, tráenle á enterrar á la iglesia del convento, cántanle el oficio de difuntos, y cuando iban á meterle en la sepultura, ordenó el Santo que llevasen el cadáver á su celda. Hizo oracion, y resucitóle. La pobre madre llena de dolor vino el dia siguiente al convento á consolarse con su santo hermano; confesó que era justo castigo del cielo, y que si no hubiera estorbado á su hijo que fuese religioso, sin duda viviria. *Y bien,* la dijo el Santo, *¿darias ahora tu consentimiento? Ah, hermano mio,* respondió la alligida madre, *y cómo que le daria; pero ya viene tarde!*

Pues aguarda un poco, la replicó Francisco; subese á la celda, da el hábito al sobrino, baja con él, y preséntasele á la madre. Este fué el célebre padre Fr. Nicolás de Aleso, que acompañó á su tío en el viaje de Francia, donde murió con gran fama de santidad.

A vista de tantas maravillas no hay que admirar hubiese hecho en todas partes tan portentosas conversiones. ¿Quién se habia de resistir á un profeta tan poderoso en obras y en palabras?

Informado el papa Sixto IV de los prodigios que obraba aquel hombre extraordinario, y de los progresos que hacia su instituto en Sicilia y en Calabria, quiso verle; y examinada su regla, la aprobó solemnemente por una bula espedita en 25 de mayo de 1474, nombrando á Francisco por general de toda la orden.

No es posible comprender como un hombre solo podia atender á tantos negocios, y á tanta multitud de diferentes acciones, capaces de cansar las fuerzas de muchos y muy robustos. Consultado de todas partes como oráculo del mundo cristiano, á todos responde. Siendo él solo como el alma y el espíritu de su tierna religion, prodigiosamente multiplicada, dispone y arregla todos sus concertados movimientos. Buscado de grandes y de pequeños para alivio en sus dolencias, y para consuelo en sus aflicciones, á todos atiende, á todos socorre, á todos consueta. Pero en medio de esta continuacion trabajosa de fatigas pasa las noches en oración, sin mas cama que una tabla y una piedra dura por cabeceira. Su vida es un perpetuo ayuno: despedaza su inocente cuerpo con sangrientas disciplinas, sirviéndole de instrumento cadenas de duro hierro; su vestido es un silicio encubierto, ó una túnica de cerdas, que disimulaba la mortificacion sin servir para el abrigo. Su corazon estaba tan abrasado en el amor de Jesucristo, que le bastaba poner los ojos en un crucifijo, ó levantarlos al cielo, para salir fuera de sí arrebatado y estático; y su devocion á la santísima Virgen era tan fervorosa y tan tierna, que solo con oír el dulce nombre de María, eran sus ojos dos copiosas fuentes de lágrimas amorosas.

No era fácil estuviere defendida de la persecucion aquella santidad tan eminente. Un célebre predicador, mas aplaudido que discreto, mal informado de su divino instituto, declamó públicamente contra él; pero apenas le habló dos palabras nuestro Santo, cuando le convirtió en uno de sus mayores panegiristas, y fué despues insigne protector de toda su religion.

Fernando I, rey de Nápoles, y sus dos hijos el duque de Calabria y el cardenal de Aragon, dejándose impresionar con demasiada facilidad de los que miraban con desafecto á Francisco,

dieron orden de prenderle. El capitan á quien se encargó la comision fué á ejecutarla; pero apenas se puso en presencia del Santo, y fué testigo de los milagros que obraba, cuando se arrojó á sus pies; y rogándole que pidiese á Dios por él y por aquellos engañados principes, volvió á ellos; é informándolos de lo que era verdaderamente el portentoso Paula, hizo que de allí adelante le mirase la corte con ojos muy diferentes.

Estendióse fuera de Italia la fama de su santidad y de sus milagros, y pasando á la otra parte de los Alpes, llegó á la corte de Francia. Hallábase á la sazón el rey Cristianísimo Luis XI gravemente enfermo en el palacio de Plesis, cerca de Tours; y habiendo experimentado inútiles todos los remedios naturales, acudió por último recurso al Taumaturgo ermitaño de Calabria. Fué menester mas de un breve pontificio para vencer la humilde resistencia del Santo á venir á la corte; pero al fin, obligado de la obediencia al vicario de Jesucristo, se puso en camino; y su viaje fué un itinerario de maravillas: siendo acaso la mayor y la mas admirable de todas su inalterable humildad en medio de tantas honras.

No pudieran hacerse mayores á un legado de la santa Sede, que las que recibió en la corte del rey de Nápoles. Con todo eso habló á aquel principe con libertad de profeta, y le hizo derramar lágrimas de arrepentimiento por muchas cosas que habia hecho. El papa Sixto IV le recibió en Roma como un ángel del cielo; consultóle gravísimos negocios de la cristiandad, y le hizo la honra de mandarle que se sentase junto á su persona. Quiso conferirle los sagrados órdenes, pero en este punto se mostró inflexible su profunda humildad. De todas las amplias facultades con que le brindó su Santidad, solo aceptó la de poder bendecir velas y rosarios. Resistiéndose el pontífice á confirmar el cuarto voto de perpetua abstinencia que hacian los religiosos de su orden, cogió el Santo la mano al cardenal Julian de la Rovere, que se hallaba presente, y veinte y dos años despues ascendió al pontificado, tomando el nombre de Julio II, y dijo al papa: *Santisimo Padre, éste hará lo que V. Santidad no quiere hacer; como con efecto sucedió.*

Al acercarse á los pueblos, salian todos en tropas ó procesionalmente á recibirle, y pocos lograban de su presencia que no fuesen testigos de algun milagro. Cuando entró en Vormes, sobre la costa de la Provenza, halló la ciudad casi desolada con una cruel pestilencia; pero no solo quedaron sanos todos los que estaban tocados de la peste, sino que despues acá parece que el contagio ha respetado á aquella ciudad por los méritos del Santo.

Fué recibido en Francia como un hombre enviado de Dios. El Delfin, que fué despues Carlos VIII, salió hasta Amboisa á recibirle. Llegando al palacio de Plesis, el rey con toda la corte le salió al encuentro, le hizo tantos honores, dice Comines, y le trató con tanto respeto como si fuera el mismo papa. Echóse á sus pies, y le pidió de rodillas alcanzase de Dios que le alargase la vida. Pero el Santo le respondió como prudente, y como profeta: *Señor, la vida de los reyes tiene sus límites como la de los demás hombres; V. M. me ha hecho venir para que le alcance de Dios vida mas larga, y el Señor me trae para disponer á V. M. á una santa muerte.* El rey, á quien hasta entonces el pensamiento solo de la muerte asustaba y aun estremecía, oyó la fatal sentencia con admirable rendimiento á los decretos del cielo. Mandó que alojasen al siervo de Dios en un cuarto dentro de palacio, para poder hablarle con mas comodidad y con mayor frecuencia: cada dia pasaba con él dos ó tres horas, y cuanto mas le trataba, mas convencido quedaba de su extraordinaria santidad; y resignado en fin perfectamente en las disposiciones del Señor, murió en sus manos con demostraciones muy cristianas, despues de haberle encomendado á sus tres hijos, y pedidole el sufragio de sus oraciones por el descanso de su alma.

Carlos VIII aun hizo mas singulares honras á nuestro Santo, que las que le habia hecho su padre. Nada hacia sin su consejo, no solo de las cosas tocantes á su conciencia, pero aun de los negocios pertenecientes al estado; tan cierto es que la virtud es respetable aun á los mayores monarcas. Quiso que fuese padrino de su hijo el Delfin, sacándole de pila; y que le pusiese el nombre que gustase. Formó un hermoso convento de su orden en el parque de Plesis, otro en Amboisa en el mismo lugar adonde habia salido á recibir al Santo cuando vino á Francia; y hallándose en Roma este principe el año de 1455, fundó en aquella corte el tercer convento de la misma orden, con la advocacion de la santísima Trinidad, queriendo que los religiosos que viviesen en él, fuesen siempre de la nacion francesa. Mostróse el Santo por toda su vida sumamente agradecido á la bondad del rey y á sus grandes beneficios; y le alcanzó de Dios con sus oraciones dos insignes victorias, una en la batalla de S. Aubin, y otra en la famosa jornada de Fournoue. A San Francisco de Paula debe en parte la corona de Francia el ducado de Bretaña, por el matrimonio del rey Carlos con Ana, heredera de aquel opulento estado; en cuya negociacion se empleó el Santo con feliz suceso. Luis XII, sucesor de Carlos VIII, aun quiso esceder á sus predecesores en las demostraciones de

amor y de beneficencia á nuestro Santo, de que le dió pruebas ilustres y gloriosas.

Pero lo mas asombroso en la vida de este hombre extraordinario, fué la inalterable uniformidad de su maravillosa conducta; tan pobre, tan humilde, tan mortificado, tan recogido en medio de la corte del papa y de los reyes, como en la soledad de su primera ermita.

Durante su residencia en el convento de Plesis, acabó de retocar y dar la última mano á las tres reglas que compuso para religiosos, para religiosas, y para la Tercera orden; teniendo el consuelo de verlas primeramente aprobadas por el papa Alejandro VI, y despues solemnemente confirmadas el año de 1506 por Julio II, como el Santo lo habia profetizado. Pero el humilde y santo fundador estuvo tan lejos de dar su nombre á la orden, que quiso absolutamente que sus hijos se llamasen como él: *Los minimos* de todos; nombre que en nuestra santa religion los da mas honra, y los llena de mas ilustre esplendor, que los mas magnificos dictados. Y como la caridad, que tenia frecuentemente en la boca, y continuamente en el corazon, fué el móvil de todas sus acciones, quiso que fuese tambien en parte el carácter de sus hijos: de suerte, que de las dos virtudes mas queridas de nuestro Santo, la humildad cristiana y la caridad, la primera dió el distintivo á la orden, y la segunda la sirvió de simbolo, ó de empresa, segun las altas disposiciones del cielo.

Llegó en fin el año de 1507, en que aquel hombre portentoso, tan universalmente venerado, y tan profundamente humilde; aquel profeta, aquel nuevo taumaturgo, que renovó en su tiempo los mayores prodigios de los pasados siglos; aquel gran santo, cuyas asombrosas virtudes fueron otros tantos milagros, despues de haber visto estendida su religion en Italia por la benevolencia y estimacion de los sumos pontífices; en Francia por el amor, la liberalidad y el agradecimiento de los reyes cristianísimos; en España por el zelo del rey D. Fernando el Católico; y en Alemania por la cariñosa veneracion que le profesaba el emperador Maximiliano I, siendo como el oráculo universal del orbe cristiano y la admiracion de los pueblos, colmado de merecimientos, con una enfermedad de pocos dias, que para él fué una continua oracion; habiendo juntado á sus religiosos y encomendádoles mucho el amor de Dios, la caridad y union entre sí, la fidelidad á la santa regla, y especialmente al cuarto voto de perpetua abstinencia, se hizo llevar á la iglesia el jueves santo. Habiéndose confesado y recibido el Viático, los pies

descalzos y con un dogal al cuello, mandó que le restituyesen á su pobre celda, en la cual el día siguiente 2 de abril rindió dulcemente su espíritu en manos de su Criador, siendo de edad de noventa y un años; prodigiosa duracion de vida, que puede reputarse por nuevo milagro en un cuerpo tan estenuado con los trabajos y con la penitencia.

Fué conducido el cadáver del Santo á la iglesia del convento, donde estuvo espuesto tres días sin poder darle sepultura hasta la tarde del lunes siguiente por el inmenso concurso que acudió á venerarle. Enterráronle en fin; pero el jueves de aquella misma semana, la duquesa de Borbon, hija de Luis XI, y la condesa de Angulema, madre de Francisco I, le hicieron sacar de la sepultura, y le condujeron á una bóveda de cantería ricamente adornada, que habian mandado labrar debajo de su magnífica capilla. Allí estuvo el santo cuerpo espuesto por muchos días tan entero, tan fresco y tan flexible como si estuviera vivo, y allí fué donde un célebre pintor, sacando primero una mascarilla de su rostro, hizo aquel retrato tan parecido, que se conserva hasta el día de hoy en el Vaticano.

Desde luego comenzaron los fieles á experimentar los efectos de su poderosa intercesion en la multitud portentosa de milagros. Los pedazos de su hábito, y todas las pobres alhajuelas que habian servido al Santo, fueron instrumentos de innumerables maravillas. Toda la Europa, pero especialmente la Francia y la Italia, comenzaron desde luego á solicitar con las mas vivas instancias su canonizacion. Julio II dió principio á las informaciones; Leon X le beatificó el día 7 de julio de 1513, y finalmente, el día 1.º de mayo de 1519 fué canonizado con extraordinaria solemnidad.

El año de 1562 los hugonotes asolaron la provincia á sangre y fuego; y como principalmente empleaban su sacrilega rabia en las reliquias de los santos, que con diabólico furor reducian á cenizas, entraron como desatadas furias en la iglesia del convento de Plesis; abren el sepulcro del Santo, encuentran el precioso cadáver entero y sin lesion; vestido de su hábito; échanle una soga al cuello; arrástranle impiamente por la iglesia y por el convento hasta llevarle á una pieza que servia de hospederia; allí encienden una hoguera, arrojándole en ella con algazara, y para cebo de la llama echaron una gran cruz de un crucifijo muy corpulento, que á este fin habian desenclavado. Habia el Santo profetizado esta horrible impiedad de los hugonotes, señalando hasta el año en que habia de suceder, como algunos meses antes que sucediese se lo declaró al padre visitador José

de Tellier un religioso de la orden, que habia recibido el hábito de mano del mismo S. Francisco. Pero no quiso Dios privar enteramente á los fieles de tan precioso tesoro; consumió el fuego la carne, mas la mayor parte de sus huesos fué preservada por algunos católicos zelosos, que se mezclaron disimuladamente entre los herejes, y se distribuyeron despues en diferentes iglesias aquellas inestimables reliquias. Al convento de Plesis, y á la iglesia de *nuestra Señora la Rica*, que es parroquia de Tours, tocó una buena porcion de ellas; las demás se conservan con singular veneracion en las iglesias de los Mínimos de Nigeon de la plaza real de París, de Aix en la Provenza, de Nápoles, de Génova, de Madrid, de Barcelona y de Paula, donde se guarda hasta el día de hoy como preciosísima reliquia el pobre, viejo y raído hábito que dejó allí el Santo cuando pasó á Francia, por el cual cada día obra el Señor portentosas maravillas.

La Misa es en honra del mismo Santo, y la oracion la que sigue:

O Dios, que eres la exaltacion de los humildes, y que elevaste á tu confesor el bienaventurado Francisco á un sublime grado en la gloria de los santos; pedimoste nos conce-

das que por sus merecimientos é imitacion, consigamos felizmente los premios que están prometidos á los humildes. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 5 de S. Pablo á los Filipenses.

Hermanos: Lo que antes tuve por ganancia, lo he reputado ya por pérdida, por amor de Cristo. Antes bien juzgo que todas las cosas son pérdida en comparacion de la alta ciencia de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor he renunciado todas las cosas, y las tengo por estiércol, para ganar á Cristo, y ser hallado en él, no teniendo aquella propia justicia que viene de la ley, sino aquella justicia que nace de la fe en Jesucristo, aquella justicia que vie-

ne de Dios por la fe, para conocer á Jesucristo y el poder de su resurreccion, y la participacion de sus tormentos, copiando en mí la imágen de su muerte, á fin de llegar de cualquier modo que sea á la resurreccion de los muertos. No porque ya lo haya conseguido, ó sea ya perfecto; sino que camino para llegar de algun modo adonde me ha destinado Jesucristo cuando me tomó para sí.

REFLEXIONES.

Las que hasta aquí tenia por felicidades, ya comienzo á mirarlas como desgracias, por amor de Jesucristo: *Quæ mihi fuerunt lucra, hæc arbitratus sum propter Christum detrimenta.* Solo por una pura ilusion, solo por error podemos juzgar dignos de nuestra estimacion los bienes criados; el capricho del entendimiento humano, la estravagancia de nuestro gusto, una ciega preocupacion puede únicamente darlos algun precio. La medida de su justo valor es la opinion, y esta crece ó mengua con la pasion. Las tierras, las posesiones, los empleos, que son el objeto de nuestra ambicion, podemos decir que no los gozamos mas que por via de empréstito; somos á lo sumo unos meros arrendatarios ó administradores, que dentro de pocos dias hemos de dar estrecha cuenta de todo lo que se nos ha entregado. ¿Pero qué virtud tienen los bienes del mundo para hacer á un hombre feliz? Nacen con ellos las espinas. ¿Qué gran fortuna hay sin grandes inquietudes? Toda replecion es enfermedad; no son los mas tranquilos los empleos mas elevados. Es muy raro el manjar dulce que presto no se convierta en cólera. Desengañémonos, que la tierra en que vivimos solo produce frutos amargos, agrios y silvestres. ¿Cuándo se ha hallado un corazon que se dé por satisfecho aun en medio de la abundancia? ¿Y qué abundancia se encuentra en este mundo sin amarguras y disgustos? Y con todo eso, esto es lo que se llama dicha, felicidad, fortuna y objeto de envidia. El hombre material y terrestre, fácilmente se deja deslumbrar de estas falsas brillanteces; pero un entendimiento ilustrado con las luces de la fe, ¿es posible que ha de tener por gran fortuna esos oropeles, esos fantasmones de felicidad, esos surtideros de cuidados, esos estorbos de nuestra salvacion! ¡Qué fortuna puede ser, buen Dios, estar espuestos en esas eminencias á tantas tempestades, á tantos furiosos vientos! ¡qué fortuna no dar paso que no sea un precipicio; caminar por entre espinas, que punzan, que penetran, que despedazan; andar oprimidos con cargas que sufocan! ¡qué fortuna no brillar, no sobresalir sino para estar mas descubierto á los tiros del enemigo, para que haga mejor la punteria al que se distingue mas entre la muchedumbre! ¡qué fortuna, en fin, respirar siempre un aire inficionado, vivir mas atolondrado que los otros, porque está mas cerca del ruido; estar espuestos á tentaciones mas violentas, á riesgos mas peligrosos, á naufragio mas seguro! No; no tengamos envidia á los dichosos del siglo; algun

dia darán motivo á su llanto esas sus soñadas é imaginarias felicidades; en la hora de la muerte ellos mismos las calificarán de verdaderas desdichas. ¡Oh, qué cosa tan triste es comenzar tan tarde á tener juicio, á conocer las cosas como son, y no como parecen! Dichoso aquel que no espera á que la muerte le quite las cataratas de los ojos para percibir distintamente la vanidad, y ninguna sustancia de lo que deslumbra y de lo que encanta. Todo lo que se llama felicidad en el mundo, solo es bueno para servir de víctimas á muchos sacrificios. Dichoso el que á imitacion de S. Pablo lo deja todo por ganar á Jesucristo.

El Evangelio es del cap. 12 de S. Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: No temais, pequeña grey, porque el Padre ha tenido á bien daros el reino. Vended lo que teneis, y dad limosna. Haced bolsillos que no envejecen, un tesoro en los cielos que no mengua, adonde no llega el ladron, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon.

MEDITACION.

De la humildad cristiana.

PUNTO PRIMERO.—Considera que la humildad cristiana es la virtud de las almas grandes, de los genios sublimes, de los entendimientos de primera clase, iluminados con las mas vivas luces de la fe. Es grande error confundir esta noble virtud con la pusilanimidad de las almas apocadas. No es la humildad cristiana aquella oscura y cobarde ociosidad de un corazon insulso, de una razon medio apagada; es un conocimiento vivo, una persuasion efectiva y práctica de su propia miseria y de su nada, que inspira dictámenes y resoluciones correspondientes á esta clara luz, que dicta un verdadero desprecio de sí mismo, una respetuosa y tierna confianza en el Señor.

No hay cosa mas razonable, no hay cosa mas noble que este bajo concepto de sí propio; porque no la hay mas verdadera. Es menester entendimiento para conocer y confesar que un hombre está lleno de defectos y falto de todo mérito. Los entendimientos limitados y vulgares solamente admiran lo que tienen dentro de sí, como aquellos infelices groseros aldeanos que nunca vieron mas que lo que hay en sus aldeas. Mas cuando la gracia, por decirlo así, cultiva y perfecciona aquel corazon y aquel en-